

LA IDENTIDAD INSTITUCIONAL: ¿un valor evolutivo?

Dicen que el bebé tiene la frente del padre, los ojos azules de la abuela, la perfecta nariz de la madre y el labio superior del bisabuelo. A todo esto él mira sin mirar, bosteza sin sueño y hasta sonríe sin razón expresándose con un puñado de reflejos arcaicos. Los neurólogos dicen que su cerebro ya tiene dentro de sí, en las proteínas del esqueleto de las neuronas, los códigos necesarios para crecer y progresar formando axones y centros y estableciendo conexiones sinápticas. Contribuirán con dichos códigos, el ambiente y la educación, la nutrición y el afecto de los padres para moldear su plástico cerebro como en un telar, con la urdimbre fijada por la genética y los hilos que la atraviesan ordenados por una fuerza misteriosa que los orienta y anuda combinando los colores como en una creación artística.

Se conoce tan poco del futuro del bebé, que cuando nace, el documento del Registro no lleva siquiera foto. Lo que será su apariencia, inteligencia, sociabilidad y debilidades son casi impredecibles. Develar la información de su código genético resulta difícil y hasta indiscreto y aunque se conociera ¿quién aseguraría cómo y cuándo se expresarían los genes como rasgos o caracteres? Parecería entonces que lo que llamamos **identidad**, aquello que nos hace únicos e iguales solo a nosotros mismos, no es una

condición fija sino evolutiva y por eso mismo difícil de definir.

Estos comentarios vienen al caso para utilizarlos como analogía. Nos informaron que los Directores de nuestro Hospital estaban en serias tratativas con otras dos instituciones polivalentes del medio para fusionarse y constituir una Sociedad Anónima con fines comerciales y médicos. La noticia me sacudió; una larga historia como la nuestra de Hospital cerrado y con una prolija estructura médico-administrativa, me parecía incompatible con la idea de la fusión con otras empresas; la sorpresa inicialmente me silenció, uno de mis colegas más rápido y racional que yo, sentenció “podría ser que nos fusionáramos pero a condición de que mantuviéramos **nuestra identidad**”. La idea de la identidad institucional me ha dado vueltas en la cabeza desde entonces y reconozco que aún no tengo resuelto su significado. He repasado estatutos, discursos fundacionales y reglamentos. Para mí ellos son nuestro “genoma institucional” al que a diferencia del humano, uno puede sondear en detalle porque su contenido está escrito en palabras y frases de significado conocido. Revisando éste, código genético, he encontrado genes de expresión plena, parcial o nula; de estos últimos, he visto varios cuya codificación encerraba utopías o expresiones de deseo

hasta ahora no materializadas y he descubierto también verdaderas operaciones de ingeniería genética voluntarias o no, que cambiaron o confundieron los códigos y a la larga también los resultados.

Sin embargo, estoy convencido que puedo identificar un núcleo de genes exitosos sobre los que actuaron fuerzas económicas, sociales o de organización, fáciles de reconocer en la historia del Hospital. Pero ¿qué ha quedado de todo esto? ¿cuáles son las huellas digitales de nuestra identidad? ¿el edificio?, ¿el jacarandá del jardín de atrás?, ¿el lapacho en flor del patio de Hemodiálisis?, ¿las puestas de sol desde la ventana de mi consultorio? Esto solo parece poco para una historia de 38 años. Si me esfuerzo puedo distinguir algo más: renovación periódica y democrática de las autoridades en una curiosa sociedad anónima con muchos accionistas médicos de parecido poder accionario; selección de los profesionales, casi todos de dedicación exclusiva, de entre los mejores; organización médico administrativa con servicios, departamentos y gerencias; esfuerzo por una práctica médica de calidad y bajo costo; énfasis en la docencia médica formativa y continua; compromiso con la ética profesional aunque más no sea para pensar en ella y libertad de pensamiento y disenso con adecuados escenarios de

discusión (aunque ellos a veces no se utilicen).

Esta es, en mi opinión, nuestra actual identidad institucional aunque la evolución pueda cambiarla; al fin y al cabo el jacarandá y el lapacho pueden secarse y una nueva edificación frente a mi ventana para siempre me privaría de las puestas de sol. De todos modos cada uno verá esta identidad a su manera asumiendo que ésta como los rasgos inciertos del bebé, puede con el tiempo cambiar.

Tomás Caeiro